

## CAPITULO VIII

### ANTIGUAS GUERRAS.

1. Carácter de los reyes zapotecas.—2. Guarniciones en Nejapa.—3. Política de Zaachilla III.—4. El río de Vueltas y el de San Antonio.—5. La guarnición de Hnaxyacac.—6. Los comerciantes mexicanos.—7. Guerra de Mitla.—8. Guerra de Tehuantepec.—9. La fortaleza de Guiengola.—10. Sitio de esta plaza.—11. Paz, alianza y matrimonio.—12. Consecuencias de esta guerra.—13. Conducta noble de Coyolicaltzin.—14. Cosijopii.

1.—Como se ha visto, los mexicanos habían penetrado en el centro de las mixtecas oaxaqueñas, apoderándose á mano armada de la parte más llana y accesible, en que habían logrado hacer tributarias poblaciones tan importantes como Tlaxiaco, Tamazulapan, Coaixtlahuac y Yanhuitlan; quedaban, sin embargo, por sojuzgar, Achiutla y Sosola, pueblos ventajosamente situados en gargantas y desfiladeros defendidos por sí solos y en los que vivían aún independientes los mixtecas, como en sus últimos atrinchamientos. Esta parte, la más fragosa de la mixteca, formaba un muro difícil de franquear, más allá del cual se extendían las fértiles llanuras zapotecas, á que había llegado el rumor de las guerras, pero no el estrago de las armas mexicanas. Habían estado gobernados los indios de Teozapotlan por una serie de príncipes de la misma sangre, entre los que se distinguieron algunos por sus proezas militares ó por la

equidad y prudencia de sus determinaciones. *Zaachilla* se hizo inmortal dando su nombre á la capital de su imperio, que solo para los mexicanos se llamó Teozapotlan. Seguramente por sus grandiosas obras mereció la admiración ó el amor de sus contemporáneos, que se acostumbraron á designar el lugar de su residencia con el nombre del famoso monarca, nombre que se trasmitió á la posteridad, llegando á otras generaciones, que olvidaron los hechos del rey, mas no el nombre de *Zaachilla*.

Fué él quien llevó la guerra á las montañas de los mijes, y el mismo ó su inmediato sucesor, *Zaachilla II*, el que al retirarse de Totontepec cuerdamente, no quiso dar por concluidas las hostilidades. Los mijes, por naturaleza orgullosos y altivos, distaban mucho de haber sido completamente vencidos, y reponiéndose de las pérdidas sufridas, podrían al cabo de un tiempo más ó ménos largo, reunir de nuevo todas sus fuerzas y hacer temblar el imperio zapoteca, si no destruirlo del todo. El rey de *Zaachilla* era previsor, y reflexionó que despues del incendio de Zempoaltepec, no debía esperarse un porvenir tranquilo y sonriente, descubriendo con su mirada perspicaz, en un no lejano horizonte, nubes sombrías que más adelante se resolverían entre los estragos de la tempestad más violenta. Mirando, pues, que por la parte de Villa-alta estaba bien resguardado por las colonias establecidas allí de súbditos suyos, quiso cerrar un portillo por donde podrían desbordarse á los valles los mijes. Esta medida del rey zapoteca es digna de elogio, pues nada hay tan funesto como la ciega confianza á que se abandona un caudillo que duerme sobre sus glorias pasadas.

Esta sábia prudencia era uno de los caractéres que distinguieron á los príncipes de *Zaachilla*. Los mixtecas eran valientes y fuertes; en los zapotecas descollaba más el ingenio y la inteligencia, sobresaliendo estas cualidades principalmente en sus gobernantes. Eran sus reyes tan cautos

con los enemigos como discretos con sus propios vasallos. Para estimular á éstos á nobles y atrevidas acciones, les ofrecían recompensas magníficas; mas al cumplir sus ofertas, cuidaban de hacerlo de modo que aun quedase algo que desear á la esperanza, no defraudada en verdad, mas tampoco cumplidamente satisfecha. Para refrenar á los enemigos, ponían en juego lejanas precauciones y cautelas exquisitas, sin omitir á veces las que sugiere la astucia y la perfidia, teniendo siempre delante de los ojos, que para vencer, ayuda más la industria y el arte que la fuerza.

2.—Para evitar las irrupciones de los mijes, el rey de Zaachilla los arrojó del pueblo de Nejapa y puso allí un presidio que más adelante se trasformó en un pueblo de más de dos mil casados. Los mijes se retiraron á *Majaltepec* y *Laquixonaxi*; mas aun allí quiso el zapoteca tenerlos oprimidos, adelantando sus tropas cuatro leguas más allá de la caída del río *Nejapan* "río de ceniza." Además, puso fuertes guarniciones hácia el Norte en el pueblo de *Quijevucasas*, y hácia el Sur, en *Quijechapa* y *Quijicolani*. Existen en el día estos pueblos cuyos nombres tienen una significación demostrativa de los lugares en que se situaron. *Quijechapan* (*Quijechapam*), trae su origen, segun la tradición, de una roca, que en su forma natural representa una mujer, tal como si la hubiese pulido el cincel, y de cuyo seno brotaba el agua del hermoso río que riega el pueblo de este nombre. *Quijicolani* quiere decir, segun algunos, "dentro del río," porque el pueblo en su antigüedad estaba situado en esa disposición: en este caso, el pueblo debería llamarse *Quegotani*; segun otros, quiere decir "peña tajada," porque los zapotecas, habiendo expulsado y asolado el antiguo pueblo de ese nombre, edificaron otro nuevo al pié de una roca inexpugnable que les sirvió de fortin. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Burgoa, Desc. Geog., part. 1<sup>a</sup>, c. 65.

Las guarniciones zapotecas permanecieron en sus puestos durante algunos años, cumpliendo su destino de mantener á respetable distancia á los guerreros mijes; pero entretanto, los reyes de Teozapotlan maduraban grandes designios que habian concebido para librarse de los temores que les inspiraban otros más peligrosos enemigos: los mixtecas y los mexicanos. El último de aquellos reyes, Zaachilla III, biznieto de Zachilla, fundador de Teozapotlan, por sus cualidades personales era el más á propósito para darles cima.

3.—Los mixtecas, como se ha dicho, habitaban al oeste y noroeste de Oaxaca, teniendo por lindero, con la nación zapoteca, las montañas que limitan el valle de este nombre. Para su seguridad y para vigilar de cerca á sus vecinos, el cacique de Achiutla hizo descender al valle una parte de sus tropas, que se fijó permanentemente al pié de las montañas. Por un lado formaron estos soldados el pueblo de Guajolotitlan y por otro el de Cuilapan. Este último, próximo á Zachila, era motivo de sobresalto para el rey zapoteca, que teniendo allí su capital, no podía ver sin zozobra y ansiedad la cercanía de unos extranjeros emprendedores y valientes. No estaba en aptitud de arrojarlos de su suelo, ni de causarles el menor daño, pues se reconocía débil é inferior á los mixtecas. Sabiendo que si rompía con ellos abiertamente llevaría en la guerra la peor parte, ya que no podía hacerse á ellos superior por la fuerza, se propuso vencerlos con la astucia. Entró en pláticas amistosas con el rey mixteca; para mejor cautivar su voluntad le hizo dones y obsequios de valor; le propuso una alianza ofensiva y defensiva en la que se pactaba la union de las dos naciones para combatir los ejércitos de México; el designio de Zaachilla III era comprometer en una nueva guerra á los mixtecas, dejar á éstos el peso de todos los combates y caer sobre ellos y vencerlos cuando ya las luchas

sangrientas los hubiesen diezmado y enflaquecido: el mismo Zaachilla no parecía correr un grave riesgo, pues ántes que los mexicanos llegasen á sus Estados, era preciso que los mixtecas que estaban en sus fronteras hubieran sido aniquilados y arrasadas sus formidables posiciones de Achiutla y de Sosola, lo que no era presumible; y aun en este caso, entraria en pláticas con los vencedores, concertaria nuevos planes acomodados á las circunstancias, envolveria en los hilos de su astuta política á los mexicanos, y de todos modos, encontraría el arte de vivir en armonía con ellos.

Esto acontecia en los momentos de marchar los ejércitos mexicanos en direccion á las mixtecas. Ya se ha dicho cómo aquellas tropas habian rodeado el valle de Oaxaca sin penetrar en él por fuerza de armas: los viajeros y comerciantes contaban que era este un país rico y bien poblado, y al rey de Tenochtitlan entró invencible deseo de verlo. Además, aquel valle sin duda era el camino más recto para llegar al pueblo lejano de Tehuantepec, ya vencido una vez, y al que se proponía de nuevo aproximarse en són de guerra, para hacer cautivos numerosos, sin tener que rodear tanto, como ántes, siguiendo la costa de Cosamaloapan ó la de Tututepec y Huatulco, pueblos que ya le tributaban. En fin, quería penetrar en las comarcas de Chiapas, Guatemala y Nicaragua, sujetarlas á su imperio y ver hasta dónde se extendía la tierra en esa direccion. Siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, envió sus embajadores á los señores independientes de la zapoteca y la mixteca, pidiendo paso á sus ejércitos. Segun lo que despues se vió, es de presumirse que Zaachilla desempeñase perfectamente su péfido papel, confabulándose secretamente con los embajadores, miéntras al rey mixteca inspiraba que los recibiese desazonada y hostilmente. Este último, por su parte, sencillo aunque valiente, teniendo á sus órdenes soldados numerosos endurecidos en las correrías de sus montañas, diestros en el manejo de las armas y ejercitados en las bata-

llas que habian sostenido contra los mexicanos, no recelando malicia ni falsedad en las gestiones de Zaachilla III, entró llanamente en la confederacion propuesta y contestó negativamente á la demanda de los embajadores. La guerra quedó, pues, declarada y las hostilidades comenzaron.

4.—Bien resguardado por sus montañas el valle de Oaxaca, para llegar á él un ejército invasor tendria que seguir uno de los caminos que han abierto por un lado el rio de Vueltas y por otro el de San Antonio, en los que las dificultades parecen menores, aunque no dejan de ser bastante sérias, debiendo ser completamente vana la pretension de franquear el paso por otra direccion. El primero de estos rios lleva ese nombre de la direccion de sus aguas, que corriendo entre dos montañas que se tocan por su base, tienen que variar su curso continuamente al chocar ya contra una ya contra otra. Las dos montañas se elevan casi perpendicularmente á gran altura por ambos lados, y el rio forma una línea serpental de cuatro leguas, debiendo cruzarse ciento sesenta y tres veces para salvar el paso, sin contar con otros obstáculos de ningun modo despreciables que deben superarse. Hasta hoy nunca por fuerza de armas ha sido expugnado este lugar. La configuracion del rio de San Antonio es idéntica, sino que sus ondas son únicamente setenta, la garganta es ménos estrecha y el paso tiene siete leguas de longitud. A un costado de este rio, que conduce rectamente á la mixteca, se hallaba la fuerte posicion de Sosola.

El último camino fué el escogido por los mexicanos. Los zapotecas se colocaron en las alturas de Huitzo, en la frontera de sus dominios, pero á retaguardia de los mixtecas, que ocupando todo el rio de San Antonio, deberian ser los primeros en combatir, llevando todo el peso de la guerra, segun los deseos de Zaachilla. Se ignoran los pormenores de las batallas; pero se sabe que se libraron algu-

nas y que al fin los mexicanos, sin lograr su intento, hubieron de retroceder, cayendo á la cañada de Cuicatlan para tomar el otro camino del rio de Vueltas. Al recibirse tal noticia en el campo zapoteca, se admiraron y sorprendieron todos, manifestándose resueltos á combatirlos tambien por ese rumbo: Zaachilla extendió su línea defensiva desde Huitzo hasta una montaña vecina en cuya cumbre levantó un fortín, que se llamó entónces, *Güijazób*, es decir, "atalaya de guerra," y además, libró terminantes órdenes para que se matuviesen sobre las armas los señores de Teococuilco, y tomó otras enérgicas medidas á fin de contener la marcha de los mexicanos. Zaachilla III era un héroe de comedia. Si hubiera querido, el rio de Vueltas habria sido la tumba de Ahuizotl. Lo cierto es que de repente, sin dar un combate, el rey de México apareció con todo su ejército en el valle de Oaxaca. Tal debia ser el resultado de los convenios secretos de Zaachilla III con los embajadores mexicanos. Pero, ¡cuánto disgusto y cuántas iras cómicas debe haber desplegado el hipócrita monarca para que sus artificios no hubiesen quedado manifiestos al rey de Achiutla!

5.—En efecto, el candoroso descendiente de Dzahuindanda no abrió los ojos ante tamaña decepcion. Le representó el astuto Zaachilla que nada mejor podia haber acontecido; que si Ahuizotl cruzaba el valle y llegaba, como queria, hasta Tehuantepec, se alejaba mucho de los suyos; y que allí podria destruirlo á su placer sin que le fuese dable recibir auxilios prontos y eficaces; y que por lo mismo, lo conveniente seria por lo pronto recibirlos de paz, asegurándose de que no harian daño los soldados como en país enemigo, y aparentarles benevolencia miéntras llegaba la ocasion de destrozarlos. Los mixtecas se conformaron con este parecer y remitieron á un poco despues la prosecucion de la lucha,

En las vertientes de San Juan del Estado y de Huitzo tiene principio aún un rio á que los mexicanos llamaron *Atoyac*. El ejército de Ahuizotl, siguiendo la corriente de sus aguas, anduvo siete leguas, atravesando las fértiles llanuras de ETLA, hasta un lugar en que el valle se estrechaba dando paso al rio entre un bosque de huajes: aquí se detuvo para descansar. Desde una altura inmediata, el general mexicano dominaba con la vista, por un lado, el valle de ETLA que acababa de cruzar, y por otro, los de Tlacolula y Zaachilla, poblados por los zapotecas: desde allí podia comenzar sus correrías en todas direcciones, destrozando con sus tropas los pueblos zapotecas, si éstos le hubieran sido hostiles; el no haberlo hecho respetando los dominios de Zaachilla, demuestra que ambos caudillos obraban con el más perfecto acuerdo. Sin embargo, debiendo marchar el grueso de sus tropas hácia Tehuantepec, para cubrir su espalda y tener libre de todo peligro la retirada, pensó dejar en aquel lugar un fuerte destacamento comandado por valientes capitanes que mantuvieran en su deber á los amigos y á los enemigos. En efecto, los soldados señalados para permanecer en la estacion, talaron una parte del bosque de huajes, levantaron sus viviendas á las márgenes de Atoyac, y dieron principio á la vida social de un pueblo que más adelante deberia ser la capital del Estado de Oaxaca é influir más ó ménos poderosamente en los destinos de toda la nacion. Al pueblo llamaron los mexicanos *Huaxyacac*, que quiere decir, segun Clavijero, "en la extremidad del huagin," por haberla fundado al extremo de un bosque de estos árboles: la representaban pintando una rama de huaje sobre una nariz, como puede verse en la coleccion de pinturas que dió á luz el Sr. Lorenzana.<sup>1</sup> Entre tanto, Ahuizotl regresó á su capital, y el ejército expedicionario, llevando á su cabeza uno de los más expertos generales, siguió su derrota, pasando, sin recibir

<sup>1</sup> Vease á Clavijero, t. 1, p. 420.

daño, por el valle de Tlacolula y por los presidios de Neja-pa y Quiegolani. Esto acontecia en el año 1486.<sup>1</sup>

Los tehuantepecanos, con el escarmiento que habian recibido en tiempo de Ajayacatl, no opusieron la menor resistencia al ejército invasor. No teniendo, pues, que hacer allí los mexicanos, dejaron una parte de las tropas, y el resto recorrió las fronteras de Chiapa, llegó al seno mexicano y por la costa volvió á México, en que para honrar al cruel *Huitzilopochtli* se sacrificaron seis mil zapotecas y veinticuatro mil mixtecas.

6.—Los mexicanos sabian aprovechar sus victorias: sus conquistas ensanchaban el campo al comercio, que cada día se hacia más activo y vasto, y el comercio á su vez era un elemento poderoso de ulteriores conquistas. Los ejércitos aztecas se habian abierto paso al rigor de las armas hasta Huaxyacac, en que levantaron una fortaleza para establecerse de un modo permanente, miéntras por la costa del Norte sostenian en Tochtepec tropas avanzadas. Estos soldados vivian sobre el país que pisaban, permitiéndose además toda suerte de atropellamientos y desmanes, como debe presumirse de unos hombres que á la altanería de vencedores reunian la necesidad de vivir por la extorsion y la violencia. “Los soldados, dice Duran,<sup>2</sup> no comian ni tenían más descanso de mientras iban á las guerras, porque lo uno eran servidos por los caminos de todas las ciudades, villas y lugares de todo lo que avian menester de comer, beber, vestir y calzar, y lo otro avian licencia de robar donde no se lo daban, y demas deso los despojos de riquezas y esclavos no avia quien se los quitase, porque todo era suyo.”

<sup>1</sup> Vease á Brasseur Bourbourg. Histoire de Mexique, tom. 3º, lib. 11, cap. 3.

<sup>2</sup> Historia de México, tom. 1, c. 28.

Estos males no eran los únicos que sufrían los pueblos sojuzgados por los mexicanos. No solo tenían inseguros sus intereses y vivían en continua zozobra temiendo por el honor de sus hijas y esposas, que frecuente y escandalosamente recibían de la soldadesca injurias irreparables, sino que además, eran obligados á contribuir con sus tesoros, sin libertad de manifestar el menor disgusto, al enriquecimiento de los muchos comerciantes que con este título se cruzaban en todas direcciones, ávidos de una fortuna que adquirirían á toda costa, imponiendo á placer y á nombre de su soberano los cambios y contratos más inicuos. Estos comerciantes, desde Chalco, Azcapuzalco, México ó Tezcuco, caminaban libremente hasta las fronteras militares. Llegando á Tuxtepec ó á Huaxyacac debían cambiar de idioma y trage, pues temían perecer en manos de los enemigos que poblaban las comarcas ulteriores. Regularmente marchaban perfectamente armados y reunidos en grandes caravanas de mil ó de dos mil personas. Ya en camino, del cuerpo principal se desprendían pequeños grupos, que disimuladamente se internaban y discurrían, ejerciendo un odioso espionaje en pueblos que ó no los conocían ó se guardaban bien de ofenderlos por miedo de la venganza de los reyes mexicanos.

Estos habian hecho inviolable y sagrada la persona de los comerciantes, porque realmente no eran otra cosa que emisarios que exploraban el campo de sus enemigos: frecuentemente los investían con el carácter de representantes suyos, castigaban con el mayor rigor la menor ofensa que se les infiriese, y acantonaban en las fronteras grandes cuerpos militares que los defendiesen, y que con el pretexto de vengar las injurias que hubiesen recibido, estuviesen prontos á adelantar sus conquistas. “Cuando iban á entrar en la tierra de los enemigos, dice Sahagun,<sup>1</sup> que eran los de Tehuantepec y los de Tzapotlan y los de Chapanecatl, por

<sup>1</sup> Historia de las cosas de Nueva España. Lib. 9, caps. 2 y 4.